

conversacion preparatoria le habia sugerido la idea de que el príncipe la confiaria este empleo.

El lector creará lo que mejor le parezca; nosotros de ninguna manera garantizamos la veracidad de madama de Genlis.

Sea lo que fuere, el *por qué no* del señor duque de Chartres no fué una exclamacion perdida.

“Vi la posibilidad de una cosa extraordinaria, dice madama de Genlis, y me complací que pudiera efectuarse.” De consiguiente, ninguna objecion hizo al duque de Chartres: todo lo contrario, le confesó el placer que le causó la singular proposicion que se le hacia, y es claro que entonces no se chanceaba.

—¡Muy bien! sea enhorabuena, negocio concluido, dijo el duque, seréis aya de mis hijos.

Y en efecto, pasado algun tiempo, tuvo otros dos niños el duque de Chartres, y se les pusieron los nombres de duque de Montpensier, y conde de Beaujolais.

Nació el duque de Montpensier el 3 de Julio de 1775.

Y el conde de Beaujolais el 7 de Octubre de 1779.

Solo se trataba de obtener el consentimiento del rey, y se ignoraba cómo recibiria semejante infraccion de las leyes de la etiqueta. El rey no simpatizaba mucho con el duque de Chartres, ni estimaba bastante á madama de Genlis.

Así es que cuando el duque fué á visitar al rey y le esplicó cuál era la autorizacion que pretendia,

—Sea ayo ó aya, le contestó Luis XVI, haced lo que os agrade.

En seguida, volviendo la espalda al duque, le dijo en voz alta para que todos lo oyesen:

—¡Es dicha, y muy grande, que el señor conde de Artois tenga hijos!

Al pronunciarse estas palabras, la educacion de los hijos del duque de Chartres, hembras y varones, se confió enteramente á madama de Genlis.

Las niñas vivian con ella en Bellechasse; los niños iban á sus horas.

CAPÍTULO II.

Rousseau, que acababa de morir, era entonces el filósofo de moda: no todos habian leído el *Emilio*; pero todos hablaban de él. Madama de Genlis se decidió á educar á sus ilustres discípulos segun el método de Juan Jacobo.

Es decir, se resolvió á formar primero los hombres; los príncipes vendrian despues.

Estraña prevision de la suerte reservada á los tres hermanos, para quienes parece haber escrito Rousseau estas líneas:

“En el órden natural todos los hombres son iguales, su vocacion comun es el estado de hombre; y cualquiera que esté bien educado, no puede dejar de cumplir con sus deberes de tal: destínese á mi discípulo á las armas, á la iglesia, al foro, poco me importa; antes de seguir la vocacion que se le indica, la naturaleza lo llama á la vida humana: vivir es el oficio que quiero enseñarle: al salir de mis manos, convengo en que no será ni magistrado, ni soldado, ni sacerdote: antes que todo será hombre, lo que un hombre debe ser, y lo será por necesidad lo mismo que cualquiera otro; la fortuna podrá hacerle cambiar de lugar, pero él permanecerá en el suyo.

“Solo se piensa en conservar á un niño, y esto no basta; se le debe enseñar á conservarse siendo hombre, á sobre llevar los golpes de la fortuna, á despreciar la opulencia y

la miseria, á vivir, si es necesario, entre los hielos de Islanda ó sobre la ardiente roca de Malta.

“Ejercitad los niños á las penalidades que algun día tendrán que sufrir; acostumbra sus cuerpos á la intemperie de las estaciones, de los climas, de los elementos, á la hambre, á la sed, á la fatiga; empapadlos en las aguas de la Estigia.”

¡Oh rey educado en el destierro, y muerto en el destierro despues de haber pasado diez y ocho años sobre el trono mas brillante del mundo! decid: ¿formó en vos, vuestra severa instructora, una alma estóica, capaz de despreciar la opulencia y la miseria?

A lo menos este fué su objeto, reformar los abusos de la primera educacion. Ninguno de los dos príncipes,—no se encargó de Mr. de Beaujolais hasta el año de 1783,—ninguno de los dos príncipes tenia disposicion para la música, y sin embargo tuvieron un maestro de música, que en dos años no pudo enseñarles ni el nombre ni el valor de las notas. El maestro de música fué suprimido y reemplazado con maestros de latin, de griego, de aleman, de inglés y de italiano: cada criado hablaba una de estas lenguas modernas, y tenian órden formal de no hablar á los príncipes una sola palabra en francés; así es que almorzaban en aleman, comian en inglés y cenaban en italiano. La mitología, la fisica, la geografia, las ciencias exactas, las leyes, el dibujo, la agricultura, la cirujía, la farmacia, la arquitectura y las artes mecánicas, completaron aquella educacion maravillosa, por la cual hemos visto al rey, no solo independiente en el destierro, sino hecho príncipe y al fin rey, causando la admiracion de los diplomáticos, con quienes hablaba de política, en sus respectivos idiomas, de los sabios, con quienes trataba de ciencias; de los practicantes con quienes hablaba de medicina y farmacia; en fin, de los comerciantes, de los agricultores y manufactureros, con quienes hablaba de comercio, de agricultura y artes mecánicas.

En cuanto á los oficios que deben formar parte de la educacion *del hombre*, recomienda Rousseau á los padres que hagan aprender uno á sus hijos, y madama de Genlis quiso que aprendiese tres el mayor de sus discípulos. En los ratos perdidos fué el jóven duque de Valois carpintero, cirujano y jardinero.

Por lo demas, esta parte de la educacion agradaba mucho á los ilustres educandos; no así la parte científica. Madama de Genlis refiere en sus Memorias el trabajo que le costó hacer que se aplicase algo el duque de Valois.

“Nada sabian los niños, dice en sus Memorias, y el duque de Valois era en extremo desaplicado: discurrí leerle la historia, pero no hacia ningun caso de mis palabras; se estiraba y bostezaba, sorprendiéndome mucho verle, á la primera lectura, acostarse sobre el canapé en que estábamos sentados, y poner los piés sobre la mesa que teniamos delante: para corregirle le impuse inmediatamente una penitencia, y lo hice de tal manera que no produjo malos resultados.”

En efecto, segun madama de Genlis, su discípulo llegó á quererla *apasionadamente*.

El adverbio es significativo.

“Tenia, dice madama de Genlis,—habla del duque de Valois, pues como si hubiera adivinado su destino, se ocupa de él con particularidad,—tenia tan buen sentido natural, que desde los primeros dias me admiró ver que le agradaban las cosas serias, y no los cuentos frívolos con que se divierten otros niños; pues si se le esplicaban oportunamente y en términos claros, las escuchaba con interes. Siempre me quiso *apasionadamente*, porque vió que yo no era inconsecuente ni frívola.”

Si hemos citado este adverbio, *apasionadamente*, es porque en un folleto escrito contra el rey despues de su caída, se ha pretendido interpretarlo de una manera indecorosa. Al citar todo el período, creemos haber devuelto al *adver-*

bio la sencillez con que fué dictado. Lo repetimos: no queremos ser folletistas ni panegiristas, sino historiadores.

No intentamos, ciertamente, presentar á madama de Genlis mejor de lo que fué, ni tenemos derecho tampoco para hacer lo contrario, exajerando sus defectos.

Se cuenta que un dia la aya del duque de Valois, contemplando en Anet el sepulcro de Diana de Poitiers, exclamó: *¡Dichosa mujer: fué amada del padre y del hijo!* Y de aquí se infirió, que si no habia sido tan feliz como Ana de Poitiers, al menos deseó para sí la misma dicha.

Se ve, pues, que sobre un adverbio escrito y sobre una exclamacion referida por el secretario de las órdenes Myris, se funda esta acusacion, que dejaremos á un lado, en primer lugar porque nos repugna, y en segundo porque está lejos de parecernos probada.

Es verdad que existe una cruel misiva de la aya á su discípulo, y en ella se encuentran varios rasgos de una muger apasionada. Ya la citaremos oportunamente: por ahora basta decir que se imprimió durante el gobierno del rey, y que sondea profundamente varios secretos del corazon del hombre.

Por lo demas, el método de enseñanza que madama de Genlis eligió para sus discípulos, les proporcionó la ventaja de familiarizarse con tres lenguas vivas que aprendieron de una manera práctica mas bien que teórica: debido á esto, el duque de Valois, particularmente, llegó á saber tanto de historia, historia natural y geografía, cuanto se necesitaba para ser catedrático de Reichenau; y en la ciencia quirúrgica hizo tales progresos, que podia muy bien dar una sangría y practicar la primera curacion de una herida.

Las diversiones, por supuesto, se eligieron con el mismo discernimiento que el plan de estudios. Madama de Genlis traia á Paris dos veces á la semana á sus discípulos, y los llevaba al teatro. Allí adquirieron ese gusto y esa admiracion por los antiguos; gusto y admiracion que tal vez se exa-

jeró demasiado por un rey, que olvidando las promesas del duque de Orleans, siempre rehusó, cuando subió al trono, conceder el mas mínimo valor á las obras de la moderna literatura.

Ese afectado desprecio por los insignes literatos del siglo XIX, costó tal vez el 24 de Febrero de 1848, la regencia á la señora duquesa de Orleans y el trono al conde de Paris.

El tribuno Lamartine vengó cruelmente á Lamartine el poeta.

Por otra parte, en el temperamento recibido de la naturaleza, y en la educacion recibida de la sociedad, debe buscar el historiador las causas primitivas que tienen en el hombre privado una consecuencia grave para la familia, y en el hombre político una consecuencia grave para el mundo.

Ahora bien: ¿no deberia el rey á los trabajos mecánicos á que se dedicó el señor duque de Valois y que comprendian la carpintería, la jardinería y la encuadernacion de libros, ese gusto por la albañilería, el cultivo de las plantas y el menaje interior que tanto dinero costó al rey, y convirtió al arquitecto Fontaine en su inseparable amigo de paseo?

A la vez que madama de Genlis perfeccionaba á los hombres, correjia á los príncipes, poniendo el mayor esmero en desterrar de ellos la aficion á las travesuras propias de las mujeres vaporosas y de los grandes caprichosos. Gracias á los trabajos, á los paseos y visitas á los talleres y fraguas, los discípulos de la autora de *Adela y Teodoro*, dejaron de temer el calor, el frio, la lluvia, las tempestades, la humedad, el ruido, el peligro y casi hasta el dolor.

Como el duque de Valois, siendo niño, tenia un horror instintivo á los perros, Mr. de Bonnard dispuso que cuando saliesen á paseo se adelantasen dos criados para espantar estos animales; de manera que si antes repugnaban al duque de Valois, despues ya no podia verlos ni de lejos. Madama de Genlis hizo todo lo contrario: para quitar esta manía á su discípulo, tuvo con él una conversacion en la cual le manifestó la ridiculez de sus temores; y sin duda se expresó tan

bien, que antes que la leccion terminase pidió el príncipe que se le trajese un perro.

Una cosa habia llamado mucho la atención del duque de Valois en la historia antigua, y fué la anécdota de aquel jóven espartano, que se dejó devorar las entrañas por un zorro, sin exhalar una queja, ni el mas leve suspiro; y desde luego prometió, que llegado el caso seria tan impasible como el espartano.

El caso se presentó.

Un dia concurrió madama de Genlis con su discípulo, que entonces contaba trece años de edad y era duque de Chartres por la muerte de su abuelo, á presenciar la fundicion de una fuente de plata en casa de un platero. El duque de Chartres se aproximó demasiado á la materia inflamada, y habiéndole salpicado esta en la pierna, no dijo una sola palabra, ni manifestó la menor señal de dolor; de suerte que madama de Genlis solo notó el accidente al ver quemada la media del príncipe.

Había cumplido con su palabra.

Una cualidad notable del rey Luis Felipe, ó mas bien dicho, dos de sus cualidades notables, que sin vacilar aseguramos debió completamente á su educacion, fueron el valor y la paciencia.

Como valeroso, supo despreciar el peligro, y como paciente supo aguardarlo.

Ademas, en el rey, y la cosa no debia ser menos sensible en el príncipe, supuesto que todavia era jóven, es decir, candoroso en todas sus acciones; en el príncipe, decimos, su primer ímpetu siempre era bueno y generoso. Mientras que el duque de Chartres solo fué príncipe y el duque de Orleans proscrito, estas buenas acciones tomaron mayor incremento: no obró de la misma manera el duque de Orleans en el Palacio Real, ni el rey en las Tullerías. Como estos buenos sentimientos, ¡cosa estraña! eran mas bien hijos de una educacion liberal que de un corazon generoso, los que

rodeaban al príncipe y los que aconsejaban al rey, procuraban en el momento combatirlos. Si el príncipe queria conceder un socorro de mil francos, ellos lo reducian á quinientos; y si el rey acordaba una gracia cumplida, la desvirtuaban obsequiándola á medias; de manera que se disminuia la grandeza de un beneficio concedido voluntariamente, haciéndole, por estrañas sugeriones, aparecer pobre y mezquino.

Dos años estuve yo encargado de la distribucion de los socorros del señor duque de Orleans: daba, poco mas ó menos, mil francos diarios, es decir, como la duodécima parte de sus rentas. Muchas veces tuve la necesidad de pedirle directamente, para socorrer á los desgraciados en cuyo nombre hablaba, y nunca salí desairado, pues cuando deliberaba por sí mismo alcanzaba de él lo que queria. Bastaba que la resolucion se difiriese un solo dia para que obtuviese la mitad, la tercera parte si dilataba dos, y así sucesivamente. Todos los que rodearon al duque, así como los que rodeaban al rey, en vez de engrandecerlo trataron de apocarlo.

Al lado de su hermano mayor crecieron los otros dos príncipes, el duque de Montpensier, que tenia casi la misma edad del duque de Chartres, y el duque de Beaujolais, que les seguia inmediatamente.

El primero de ellos murió en Salthil, cerca de Windsor, á los treinta y dos años de edad, y el segundo en Malta á la edad de veinte y ocho años.

Apenas trascurió un año entre la muerte de estos dos hermanos, á quienes parece les urgia reunirse: el duque de Montpensier falleció en 1807 y el de Beaujolais en 1808.

Poco los conoció la Francia, porque la dejaron antes de ser hombres. Veamos lo que con respecto á ellos pensaba su instructora: sobre este punto su diario nos será de grande utilidad.

Lo abrimos en 1791.

“El señor duque de Montpensier, dice madama de Gen-

lis, tiene una índole excelente: únicamente le recomiendo que modere su vivacidad: en general es bueno para todos y generoso cuando necesitan de sus socorros; pero se impacienta por bagatelas y dice cosas muy duras; si esta falta llegase á ser una costumbre, afearia mucho su carácter. Cuando parió su nodriza fué á verla personalmente, y le dió todo el dinero de que podia disponer para sus inocentes placeres. De seis meses acá me ha confiado varias cosas por este estilo, y como debe ser, con sencillez y sin ninguna ostentacion: por otra parte, su talento se madura cada dia. Siempre ha tomado el interes mas vivo por la revolucion, y ahora se complace en ocuparse de sus negocios desplegando una grande inteligencia."

El duque de Montpensier era á la vez escritor y pintor. Sobre su prision en Marsella nos ha dejado unas Memorias escritas con gracia inimitable, y en un estilo ameno y jocoso.

Dificil es trazar á la vez, con la pluma y el lapiz, un retrato mas original que el que hizo este príncipe de Mr. de Conti, cuyo terror pánico disipaba, de él y su padre, el terror verdadero.

Cansado de su prision el duque de Montpensier, intentó fugarse de la torre de San Juan, descolgándose por una ventana que tenia treinta piés de altura: el príncipe ejecutó su pensamiento, pero al caer se rompió una pierna: habiéndosele encontrado desvanecido al pié de la torre, fué trasladado de allí á la casa de un peluquero llamado Coriol, cuya hija enamoró despues; resultando de estos amores un niño que goza entre los abogados de gran clientela, y los jugadores elegantes de Paris un lugar distinguido: casi fué reconocido por la casa de Orleans, y sus lacayos llevan todavía su pequeña librea.

Existian en la galería del Palacio Real varios cuadros del señor duque Montpensier, y entre ellos habia uno muy notable que representaba la catarata del Niágara.

Con respecto al conde de Beaujolais, afirman los que lo

conocieron que tenia un corazon y una figura de ángel: las prendas de su corazon eran la dulzura, la sensibilidad, la rectitud y la lealtad; y se notaban en su cuerpo las bellas y delicadas formas del adolescente antiguo, las sonrisas del poeta y la mujer reunidas.

Veamos lo que decia de él su instructora.

"Mr. de Beaujolais es encantador, no sabe ser amable á medias, y nunca he visto en otro mayores deseos de hacer bien; su amistad no consiste únicamente en demostraciones.

"Sus sentimientos son excelentes y me atrevo á decir que superiores á su edad; ya se advierte en él el patriotismo de sus hermanos; la carta que dias pasados me escribió sobre este asunto es, para su edad, una magnífica disertacion; expresa minuciosamente en ella con claridad y buen sentido, las razones que le hicieron amar la revolucion, y termina de esta manera: estos son los sentimientos de Beaujolais."

No tenia mas defecto que ser voluntarioso y caprichoso; pero aun entonces esplicaba con tal resolucion las razones en que se fundaba, que hacia de este defecto una virtud.

Esta virtud era la franqueza, cuyos límites solia traspasar: ninguno de los que trataron íntimamente á Mr. de Beaujolais recuerda haberle oido mentir una sola vez en su vida.

Por lo que respecta á madama Adelaida, todos la hemos conocido: era firme, recta y honrada: cuando se deseaba que el rey hiciese algo bueno, útil y grandioso, únicamente ella podia vencer su repugnancia. En el Palacio Real fué amiga de su hermano, y en las Tullerías su genio tutelar: habiendo fallecido el mes de Diciembre de 1847, le dejó solo en la tremenda crisis de 1848. El duque de Orleans y madama Adelaida, eran los dos ángeles visibles del rey. La Providencia se los arrebató uno tras otro, porque la Providencia tiene sus designios.

Cuando joven, madama Adelaida fué una criatura apacible y encantadora, magnánima, reconocida y de talento; solo

podian echársele en cara ciertos arranques de impolítica y ciertos rasgos burlones.

Entre toda esta serie de príncipes era la única que tenía pasión por la música. Madama de Genlis la enseñó á tocar el arpa, y llegó á adquirir, lo que es raro en una princesa, cierto dominio sobre el instrumento.

CAPÍTULO III.

HACIA el año de 1786, perdió madama de Genlis una de sus hijas, y como esta pérdida le ocasionase un grave dolor, el duque de Orleans discurrió consolarla mandando traer de Inglaterra una niña, á quien él y madama de Genlis amaban como á su hija: el pretesto fué dar una compañera á la princesa Adelaida que supiese hablar inglés, pero el verdadero motivo se reducía á que la niña estuviese al lado de sus padres: esta niña, á quien nunca se daba su nombre de familia, se llamaba *Herminia*, nombre que se le puso en el bautismo. El que escribe estas líneas fué casi educado por ella; fué la abuela de la desgraciada María Capeto, quien por línea transversal vino á ser sobrina del rey Luis Felipe.

Habia una cosa notable en el duque de Chartres, una cosa atestiguada por madama de Genlis, y confirmada por el mismo diario del jóven príncipe, y es que en su juventud tenía grande inclinacion á los sentimientos religiosos.

Pues bien, es preciso decirlo; las huellas de esta religion,

que derramó una dulce piedad en la entrada á la vida de los jóvenes príncipes, todos esos recuerdos consoladores que nos da la fé en Dios en los grandes infortunios, habian desaparecido del rey.

Después de haber sido piadoso y creyente desde el principio de su vida, llegó á ser, al aproximarse á la vejez, casi irreligioso; la desgracia produjo en él un efecto contrario, al que produce generalmente: le habia alejado del Señor, en lugar de aproximarle á él. ¿No seria quizás mas bien que la dicha, la gran facilidad con que lograba realizar planes poco morales, ó la proteccion directa concedida por el cielo á una existencia amenazada tan á menudo, que habia llegado á ser realmente providencial, lo que concluiria por alejarlo de Dios, y que lo atribuyese todo únicamente á la casualidad ó al destino?

Mas de una vez se encuentra en el diario del príncipe la expresion fiel de esos piadosos sentimientos, y nosotros los haremos notar al lector para que no pasen desapercibidos.

Quizás se creará que era pura hipocresía la manifestacion de tales sentimientos: se engaña mucho quien así crea: primero, porque á los 18 años muy pocas veces es uno hipócrita y además porque en aquella época de nada le hubiera servido la hipocresía religiosa: la religion no estaba de moda; mas bien lo estaba la impiedad.

En esa misma época fué cuando el duque de Chartres empezó como príncipe una série de viajes que debia continuar como desterrado.

De largo tiempo atrás, el duque de Orleans, su padre, estaba indispuerto con la corte, de la que vivia enteramente separado. Famoso cazador, para evitar que su caza se encontrase en la selva de Villers-Cotterets con la caza del rey, y cumpliendo con la etiqueta, tener que seguir la de éste en el bosque de Compiègne abandonando la suya, mandó cercar de un muro el parque de Villers-Cotterets, para encontrarse solo en sus tierras á su satisfaccion. Este muro le costó de tres á cuatro millones.